

salido de Huajapam para el Valle. Era no menos probable que en el punto de reunión de los dos caminos de Oaxaca y de Huajapam, don Mariano y su hija, que forzosamente debían pasar frente al Valle, don Cornelio y sus dos compañeros y, en fin, el coronel que iba para su hacienda, debían encontrarse, salvo algún contratiempo, casi en el mismo instante en aquel punto.

Es pues á las riberas salvajes del Ostuta, en el lugar en que los personajes de este relato, largo tiempo dispersos, tienen probabilidades de reunirse, á donde conviene trasladar la escena.

TERCERA PARTE

EL LAGO DE OSTUTA

CAPÍTULO PRIMERO

EL VADO DEL OSTUTA

Estamos á las orillas del Ostuta, cuatro días después de levantado el sitio de Huajapam; y el sol, próximo á salir, iba á iluminar uno de los más espléndidos paisajes de la naturaleza americana.

El *maipouri* (1) antes de regresar á su lejana cueva, se bañaba por última vez, antes de rayar el día, en las aguas aún oscuras del río. Más tímido que el tapir, el gamo, inquieto por el más leve soplo de la brisa entre el follaje ó en el cañaveral, espiaba acechando la llegada del alba para huir al primer rayo de sol hacia sus montes inaccesibles de sasafrás y de enormes helechos.

La garza real solitaria, inmóvil sobre sus grandes zancas, y los flamencos color de rosa, alineados en filas silenciosas, esperaban por el contrario que el sol apareciese para principiar su pesca matinal.

(1) El tapir.

El silencio reinaba por todos lados, excepto esos vagos rumores que se elevan desde la hierba ó que caen de la cima de los árboles, en donde según su naturaleza, van á despertar ó adormecerse los diversos habitantes de los bosques.

Aunque comenzasen á desaparecer ya las sombras de la noche, en medio de los nublados vapores que se levantaban del río, el ojo humano no habría podido discernir qué clase de vegetación cubría sus orillas. Los penachos de las palmeras que se lanzaban orgullosamente hacia los cielos con su lujo de follaje, era lo único que podía distinguirse, como en pasadas edades, los de los caballeros en la refriega.

Las orillas del Ostuta parecían tan completamente desiertas como en los días en que los hijos de Europa no habían aún sentado su planta en las playas americanas; pero la penetrante mirada de las aves nocturnas que se balanceaban en las copas de los árboles, podía apreciar los objetos invisibles para el gamo y para el maipouri, como para la garza y para el flamenco. A través de los vapores nocturnos, fuegos lejanos y diseminados chispeaban á lo largo de la orilla derecha del río, como pálidas estrellas en un cielo brumoso.

Aquellos fuegos denunciaban los vivaques y era lo único que indicaba la vecindad del hombre.

No había soledad en la orilla izquierda sino aparente: allí los fuegos lanzaban algunos fulgores. Bastante lejos y á través de la bruma, entre el río y el camino que conducía de Huajapam á la hacienda del Valle, se habría podido ver desde un principio, en medio de una ligera claridad, á un grupo compuesto de ocho caballeros que parecían celebrar consejo entre ellos.

Más próximos al río, á tres ó cuatro tiros de fusil de aquel grupo, dos hombres á pie, subían con precaución hacia el lugar donde el camino del Valle á Huajapam serpenteaba á través de las selvas espesas de guayacán y de caoba.

En fin, entre los ocho caballeros y los dos de á pie, y á

igual distancia poco más ó menos de los unos y de los otros, un hombre solo, á quien no podría llamarse mozo de á pie ni caballero, parecía no preocuparse de nada. En efecto, amarrado fuertemente con un cincho de seda entre las dos ramas madres de un enorme árbol de caoba, dormía profundamente á más de diez pies por encima del suelo.

El espeso follaje del árbol y la obscuridad de la noche, le escondían completamente á la vista de todo ser humano. Un Indio habría pasado bajo el árbol sin adivinar su presencia; y, desde lo alto de los árboles vecinos, tampoco le habría distinguido mejor, el ojo de una ave nocturna.

Para no anticiparnos á nuestro relato, diferiremos el dar á conocer al lector quiénes eran los ocho caballeros y los dos de á pie.

En cuanto al personaje tranquilamente dormido en su cama aérea, diremos desde luego que era el mismo don Rafael.

Hay momentos en que el cansancio del cuerpo triunfa sobre las zozobras del espíritu; y el coronel se hallaba precisamente en uno de esos momentos.

La fatiga de las tres jornadas que llevaba, unida á la ausencia de todo sueño durante la noche precedente, le procuraron, á despecho de los peligros de su situación y de la incomodidad de su postura, ese reposo profundo de que disfruta el soldado cansado, la víspera de una sangrienta batalla.

Un poco más lejos, pero entre el bosque contiguo al camino de Oaxaca que lindaba con el vado de que hemos hablado, á corta distancia del Ostuta y del lago misterioso del mismo nombre, formado por las aguas del río que corren por conductos subterráneos, los viajeros parecían ocuparse, con la precipitación del pánico, de continuar su viaje interrumpido antes de que amaneceiese.

Cual si hubiesen tenido la revelación repentina de un gran peligro, dos de ellos apagaron los restos de un fuego

cuyo brillo les habría podido descubrir; otros dos ensillaban rápidamente los caballos de los demás y un quinto viajero, entreabriendo las cortinas de una litera puesta sobre la hierba, parecía tranquilizar á una joven aterrizada que estaba dentro.

Esta litera será suficiente para reconocer á don Mariano y á su hija, sin necesidad de nombrarlos.

La noche tocaba á su término, hemos dicho. Hay durante el día, en medio de la soledad del desierto, dos horas solemnes que todas las voces de la naturaleza reunidas, proclaman y celebran á porfía: la salida y la caída del sol. El eterno reloj iba á tocar la primera de sus horas.

Un viento fresco se levantó, agitó el follaje, rizó la superficie del agua y comenzó á desgarrar el manto de vapores extendido por la noche.

El oriente se coloró de un vivo ámbar, entreabrióse y dejó brotar las primeras claridades del crepúsculo matinal, saludado de repente por mil cantos de los pájaros que partieron de todos los árboles del bosque.

Los chacales huyendo á lo lejos, lanzaron sus últimos aullidos; el fúnebre graznido de las aves nocturnas se dejó oír por la última vez y desaparecieron el gamo y el maipouri. Muy pronto, nubes rosadas como el plumaje de las garzas se elevaron sobre el horizonte; y por último, el sol iluminó la cima de las palmeras, dejando ver en toda su esplendidez la espesa arboleda que cubre las márgenes del Ostuta.

Los ébanos con sus racimos de flores de oro, el guayaco y el caobo; los liquidámbaros odoríferos, sombriamente piramidales, los cedros y las palmeras, en toda su elegantísima riqueza de follajes mostraban orgullosos su lujuriente exuberancia en medio de los helechos gigantes y de la tupida red de lianas florecientes que les servían de cortejo.

A través de aquel laberinto casi impenetrable, se veía á veces á los toros salvajes, descendientes de los toros escapados en tiempo atrás, de las ricas haciendas de Fer-

nando Cortés (1). Atormentados por la sed, iban á beber; y mientras sus negros hocicos aspiraban con avidez el agua, algunos islotes, arrancados de las riberas aquí y allá con sus enramadas de verdura y de flores, seguían el curso del río flotando sobre las aguas; y bajo aquellas floridas enramadas, los pájaros parecían celebrar su marcha triunfal sobre las olas.

Tal era en aquella mañana, en toda su primitiva magnificencia, el aspecto del Ostuta y de sus orillas, casi á una media legua del vado cerca del cual habían brillado los fuegos de los vivaques, cuya localización señalamos ya sobre la ribera derecha del río.

Aquellos fuegos que acababan de apagarse cuando el alba apareció, eran los del campamento provisional de Arroyo y de su cuadrilla de bandoleros.

Se verificaban allí también escenas animadas aunque de muy diferente género.

Unos cien jinetes, dispersos en las dos orillas del Ostuta, se ocupaban activamente del pienso matinal para sus caballos. Los unos, montados en pelo, los conducían al río para abrevarlos y refrescarlos; otros los almohazaban con las uñas ó con la primera piedra que hallaban. Más allá, las sillas apiladas en montones con cierta regularidad, en medio de las maletas despanzurradas, de las que no quedaban sino las envolturas destrozadas á cuchillazos, despojó sin duda de algún muletero desbaliado la víspera.

En aquella misma orilla derecha, es decir, en la ribera en que se hallaba la hacienda de San Carlos, se elevaba una tienda groseramente arreglada con pedazos de aquellas envolturas, hechas unas de tela fuerte de cáñamo y las otras de tejido espeso de henequén.

Dos centinelas armados de pies á cabeza con carabinas, con cuchillos y con sables, iban y venían haciendo guardia frente á aquella tienda, pero á una distancia sufi-

(1) Se sabe que la provincia de Oaxaca fué dada en infantazgo á Cortés por Carlos V.

ciente para que ni uno ni otro oyeran lo que se decía en el interior.

Aquella tienda era la de los dos jefes, y Arroyo se encontraba allí en aquel momento en compañía de su digno cómplice, Bocardo. Ambos se hallaban sentados en dos calaveras de buey, á guisa de silla y los dos fumaban largos y gruesos cigarros de hojas de maíz. Según la actitud que tenía el primero, con los ojos fijos en el suelo que rayaba con su pesada espuela de seis puntas, era fácil adivinar que Bocardo empleaba los recursos de su inteligencia para determinar á su camarada á alguna mala acción.

— Claro — decía — estoy dispuesto á hacer justicia á las virtudes de la señora de Arroyo; son conmovedoras: cuando un hombre se halla herido, ella untaría de buena gana chile *rabioso* (1) en sus heridas. Nada es tan interesante como el modo con que intercede por los prisioneros que condenamos á muerte, obteniendo para la mayor parte, que no se les haga morir sino lo más tarde posible... quiero decir, lo más lentamente que se puede...

— No es por egoísmo por lo que ella obra así, la pobre mujer — interrumpió Arroyo, pues lo hace más por mí que por ella.

— ¡Sí, es tan afectuosa...! ¡Ah, es dignísima mujer!...

— Efectivamente. ¡Y qué de expedientes en su inteligencia! Así por ejemplo, fué ella la que tuvo esa ingeniosa idea para salvarnos: como nunca matamos á un prisionero sin confesión, mientras más dilatado es su suplicio, más larga es su confesión. Resulta de allí que después de los martirios y de una confesión muy prolongada, el prisionero muere en estado de gracia y se va derecho al cielo; y como los santos no son rencorosos, ruegan por nosotros. Mi mujer dice que debemos

(1) Expresión usada en las colonias para designar un pimienta muy picante.

hacer el mayor número posible de estos bienaventurados.

— ¡Eh, eh! Ud. no ha hecho mal en eso — replicó Bocardo con una sonrisa de satisfacción — y el bueno de Dios debe tener las orejas remachadas ...

— ¡Silencio, señor Coronel de los coroneles! — exclamó Arroyo con un tono que hizo callar inmediatamente al handido que se arrogaba ese pomposo título — ¡detesto á los blasfemos!...

— Sea. Vuelvo pues á las virtudes de la señora de Arroyo á pesar de las cuales no es ni joven ni precisamente muy hermosa.

— ¡Vamos, diga Ud. que es vieja y fea y no hablemos más de eso! — exclamó bruscamente Arroyo; — y sin embargo, la quiero mucho.

— ¡Es asombroso!

— Oiga Ud., amigo mío: es menos asombroso de lo que Ud. piensa. Ella parte conmigo el peso de la execración pública; y si yo fuera viudo...

— Ud. lo cargaría solo. ¡Bah! ¡tiene Ud. tan grandes los hombros!...

— Es verdad — respondió Arroyo halagado por aquel cumplimento; pero lo tengo á Ud. en el mismo concepto que á mi mujer — añadió. — Es raro que se maldiga el nombre de Arroyo sin que á éste se junte el de Ud.

— ¡Hay tantas malas lenguas en este mundo!

— Y luego mi mujer tiene aún otra virtud á mis ojos: posee un escapulario bendito por el papa en Roma y que tiene la propiedad de hacer morir al marido algunos días después de la mujer.

— Pero yo no digo que la mate, á esta digna señora de Arroyo — agregó Bocardo arrastrado á participar á pesar suyo, de las supersticiones groseras de su compañero. — Sólo digo que se la envíe á un convento de *arrepentidas* á ocuparse en su salvación y en la de su marido; y se coge para reemplazarla á cualquiera mujer joven y bonita, con ojos y cabellos negros como la noche, de labios rosados como la granada y mejillas más blan-

cas que la flor del *floripondio* (1). Esto es lo que me mato por hacerle comprender desde hace dos horas.

— ¿Y conoce Ud. algunas así? — preguntó el guerrillero después de un momento de silencio que probaba que la persuasión comenzaba á entrar en su alma.

— ¡Ud. conoce á una, lo mismo que yo! exclamó Bocardo: la dueña de la hacienda de San Carlos á la que podemos tomar con un golpe de mano.

— ¿Doña Marianita Silva?

— Precisamente.

— ¡Pero con mil demonios! ¿Ud. entonces lo que quiere es que no dejemos hacienda alguna sin saquear? exclamó Arroyo; pues si Ud. desea que yo me apodere de la mujer, es sólo para que pueda Ud. robar al marido.

— El marido es español — replicó Bocardo, sin responder á las palabras de su cómplice, que no expresaban sino la verdad con relación al objeto de sus insinuaciones. ¡Gran desgracia, verdaderamente, tomar la mujer de un *coyote*!

— ¡*Caramba!* ese español es también tan buen insurgente como Ud. Nos ha dado víveres, caballos...

— Sí, por miedo, como el diablo alquila los santos. Entienda Ud. bien que no es nunca buen insurgente quien tiene montones de bolsas de dinero en sus cofres, llenos de argentería sus aparadores y una bonita mujer á su lado — se apresuró á decir Bocardo para disimular bajo este último pretexto sus verdaderas intenciones. — Vea Ud., cuando trabajamos por redoblar el patriotismo de don Mariano, desembarazándolo de su vajilla de plata, debimos, como yo se lo dije á Ud., tomar también á sus dos hijas. Yo tendría ahora una mujer preciosa, en tanto que sólo Ud.. Pero ¡bah! yo me sacrificaré siempre por Ud.; tal es mi destino.

— Haremos tanto, vea Ud. — replicó Arroyo pensativo, dejándose llevar mal de su grado por las atroces insinua-

(1) Datura.

ciones de Bocardo — que acabarán por atacarnos en todas partes como á bestias feroces.

— Tenemos ciento cincuenta hombres de nuestra devoción, bravos como sus puñales.

— En fin... no digo que no... lo pensaré.

Los ojos de Bocardo brillaron con ávida alegría al aspecto indeciso de Arroyo que él sabía que habría de convertirse, antes del fin del día, en firme resolución de ejecutar el negro proyecto que le sugiriera.

Los dos compañeros, sumergidos en las reflexiones que les sugería aquel plan de pillaje y de muerte, guardaban un silencio que duraba ya algunos minutos, cuando se levantó un lienzo de la tienda para dar paso á una mujer hombruna de color asoleado y de rostro marchito por las pasiones disolutas más bien que por la edad, pues sus cabellos trenzados y sostenidos por una peineta de concha circundada de oro, eran negros como el ébano. Su aspecto, sin embargo, no desmentía en nada el retrato que acababan de hacer de ella.

A pesar de todos los adornos de cristalería, de rosarios, de escapularios y de piecillas de oro que rodeaban su cuello, su cara era horrorosa.

El furor se pintaba en su frente cubierta de venas hinchadas y en sus ojos negros inyectados de sangre.

— ¡Esto es infame! — exclamó entrando y lanzando sobre Bocardo, á quien despreciaba y detestaba al mismo tiempo, una mirada de cólera que no se atrevió á dirigir á su marido. — ¡Es una vergüenza — dijo — que después del juramento que han hecho Udes. dos, quede todavía una paja de ese nido de víboras y un hombre para defenderlo!

— Bueno; ¿y qué hay? — preguntó Arroyo con tono de mal humor.

— Hablo de la hacienda del Valle, que los soldados de Udes., una gran parte al menos, bloquean desde hace tres días sin resultado; es decir, nada, porque yo sé que tres de nuestros soldados fueron muertos en una salida y que sus cabezas se expusieron en la puerta de la

hacienda por ese maldito catalán que Dios confunda!

— ¿Quién te ha dicho eso? — exclamó Arroyo.

— El Gaspacho, que espera tus órdenes para entrar y que regresa del Valle para pedir refuerzos.

— ¡Por todos los diablos! Me parece extraño que te adelantes á interrogar antes que yo á los correos que me expiden.

Y al decir estas palabras, Arroyo se levantó y cogiendo el cráneo de buey que le servía de asiento, amenazaba romper con él el de su mujer. Tal vez, bajo la influencia de las palabras de Bocardo, se habría decidido á cargar sólo él con el peso de la execración pública, si no se hubiera acordado á tiempo del escapulario bendito en Roma.

Bocardo se quedó flemáticamente sentado.

— ¡María Santísima! — exclamó la mari-macho retrocediendo espantada ante la terrible cólera de su marido. — ¿No me protege, Ud. señor Bocardo?

— ¡Hum! — respondió el bandido sin moverse — Ud. conoce el refrán, venerable señora: entre el árbol y la corteza... ¡qué diablo! pequeñas querellas de matrimonio....

— ¡Que eso no vuelva á suceder! Aquí no hay más que dos jefes — dijo Arroyo súbitamente apaciguado; y antes de que entre el Gaspacho, te vas á encargar de una comisión.

— ¿Cuál? — preguntó la mujer que tuvo por un momento la idea de levantar la voz á medida que su marido la bajaba; pero reprimió la tentación.

— Es para la ejecución de un plan magnífico concebido por mí, — interrumpió Bocardo.

— ¡Ah! si Ud. tuviera tanto valor como inteligencia! — dijo la marimacho.

— ¡Ah, Arroyo tiene valor por los dos!

— Es decir, que Ud. tiene inteligencia por Ud. y por mí! — exclamó el guerrillero tratando de descargar su cólera sobre un hombre que no era portador de ningún escapulario del papa.

— ¡Dios me libre de pensarlo! — respondió Bocardo con tono medroso; Ud. es tan bravo como inteligente.

— ¡Mujer! — replicó Arroyo — anda á interrogar otra vez al prisionero que hicimos hace tres días, para saber al fin el objeto....

— El animal canta siempre la misma canción — interrumpió impacientemente la compañera de Arroyo — que está al servicio de don Mariano Silva y que lleva un mensaje á ese rabioso coronel Tres Villas, como tú lo llamas.

A ese detestado nombre, una nube sombría cubrió los ojos del bandido.

— Sepamos al fin cuál es ese mensaje — dijo.

— Sostiene que carece de toda importancia; ¿y saben Udes. lo que encontré en la bolsa de su chaqueta cuando se la registré?

— ¿Un frasco de veneno tal vez?

— Un paquetito cuidadosamente oculto, entre el cual se hallaba envuelta entre un pañuelo de batista perfumado, una trenza de cabellos negros muy grandes y muy hermosos, á fe mía!

— ¡Ah, de veras! ¿Y qué ha hecho Ud. con eso? — preguntó irónicamente Bocardo.

— ¿No los tengo yo también largos y también negros? — replicó la marimacho en tono picado. ¿Y qué había de hacer con eso, sino tirárselo á la cara al mensajero de amor? Porque, sin duda, eso es una prenda que lleva á ese coronel del diablo.

— ¿Recobró la trenza el mensajero? — preguntó Bocardo.

— Sí, con presteza.

— ¡Mejor que mejor! — replicó Bocardo. — Al principio pensé en corromper al mensajero y comprometerlo á dar cita al coronel en la que, en vez de los que esperaba, habría caído sobre él una veintena de los nuestros para cogerlo vivo. Pero esto era dudoso. Ahora, con esa prenda de amor, se le llevará á donde queramos sin que él desconfíe nada. Que venga ese hombre que yo me en-

cargo de lo demás. ¿Qué haremos con el coronel Tres Villas, Arroyo?

— ¡Lo quemaremos á fuego lento; lo despellejaremos vivo! — respondió el guerrillero con expresión de feroz alegría.

— Y la mujer de Ud. intercederá por él, — agregó Bocardo.

— ¡Quemarlo á fuego lento; despellejarlo vivo! — exclamó la arpía.

Y lanzando una carcajada de desprecio por tan pobres medios de tortura, salió de la tienda de su marido.

El correo designado con el nombre de el Gaspacho, entró en aquel instante.

Era un pillo redomado, seco como la hoja de un estoque, de aspecto impudente y cínico. Los cabellos parecidos á correas de cuero ennegrecido de humo, le caían sobre los hombros en largas mechas rectas y rígidas.

— ¡Habla, portador de siniestras noticias! — dijo Arroyo echándole una mirada sombría bajo la cual tembló Gaspacho á pesar de su coraza de impudencia.

— También tengo buenas noticias, señor capitán, — se apresuró á decir el bandido.

— Veamos primero las malas.

— Todavía no estamos en suficiente número para dar el asalto á la guarida de los coyotes; y me han despachado para rogar á Vuestra Señoría que nos envíe refuerzos.

— ¿Quién te envía? ¿El teniente Lantejas?

— Lantejas ya no enviará á nadie: desde esta mañana clavaron su cabeza en la puerta de la hacienda.

— ¡Tripas del diablo! exclamó el guerrillero.

— Además, su cabeza no está sola: también están la de Salinas y la del Tuerto con la suya, sin contar á Matavidas, Sacamedios y Piojento á quienes los cogieron vivos y los colgaron de los pies de las almenas de la hacienda, tanto que tuvimos que acabar con ellos á balazos desde lejos para abreviarles los sufrimientos.

— ¡Tanto peor para ellos! ¿Por qué se dejaron coger vivos?

— Eso fué lo que yo les dije: les grité que Vuestra Señoría se disgustaría mucho; pero parecía que eso les importaba poco — replicó el Gaspacho en tono de buen humor.

— ¿De suerte que Udes. no son más que cuarenta y cuatro?

— Perdón: también fueron ahorcados otros cuatro con los que no tuvimos necesidad de gastar pólvora para acabarlos.

— ¡Diez hombres menos! — dijo Arroyo golpeando rabiosamente con el pie. — ¿Voy entonces á perder esta guerrilla como la primera? Veamos ahora cuáles son las buenas noticias.

— Ayer tarde, un hombre á caballo se aproximaba á la hacienda del Valle como si no tuviera más que presentarse para entrar, cuando lo descubrieron nuestros centinelas que se arrojaron sobre él; pero se escapó después de una viva resistencia. No frunza el ceño, señor capitán: los dos centinelas se retiraron, uno con el hombro fracturado de un pistoletazo y el otro caído del caballo. Perseguido muy de cerca por este último, el caballero realista lo arrancó de su silla y lo lanzó á tierra como se lanza una nuez que se desea romper. Estuvo como dos horas desmayado.

— No conozco más que á un hombre bastante fuerte para hacer eso — dijo Bocardo palideciendo. — Así fué cómo mató á Antonio Valdés: es el rabioso Tres Villas.

— El es, en efecto; porque Pepe Lobos oyó los ronquidos del caballo que montaba el día en que, con Udes., poco faltó para cogerlo en Las Palmas; y reconoció muy bien al jinete por su talla y su voz, aunque era de noche. Diez hombres fueron en su persecución; y á estas horas, el coronel debe estar cogido.

— ¡Santa Virgen! te prometo un cirio grueso como una palmera si ese hombre cae en nuestras manos — dijo el jefe de los guerrilleros.

— ¡Grueso como una palmera! ¿lo cree Ud. ? exclamó Bocado.

— ¡Cállese!... Es para halagarla — respondió Arroyo en voz baja.

— Que escape ó no esta otra vez, ya lo tenemos : yo respondo — añadió Bocado. Si conozco bien su historia, con el mensaje que quieren hacerle llegar, se le llevará hasta el fin del mundo.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, la mujer de Arroyo entró en la tienda con el rostro tan alterado por la cólera como la primera vez.

— ¡La jaula está vacía! ¡Voló el pájaro! — exclamó — ¡con el guardián que lo custodiaba, el indigno Juan el Zapote!

— ¡Rayos y truenos! — aulló Arroyo. — ¡Que se pongan en su persecución! ¡Hola! — continuó levantando un lienzo de la tienda — ¡veinte hombres á caballo! ¡Que se registren las selvas y las orillas del río y que me traigan á esos dos fugitivos amarrados de pies y manos, vivos, sobre todo!

Mientras que los tres personajes se miraban con aire estupefacto, un gran movimiento se verificaba en el campamento en donde rivalizaban todos de celos de estar más listos.

— ¡Caramba! Si el coronel se les escapa á los que van tras de sus huellas y no se puede prender otra vez á ese mensajero de desgracia, ¡adiós mis combinaciones! — exclamó Bocado. Y, mientras que la mujer de Arroyo salía para apresurar á los jinetes : — Es igual — dijo á éste — siempre tenemos para consolarnos, la hacienda de San Carlos.

— Sí, tengo necesidad de distracciones — respondió Arroyo con feroz sonrisa : esta tarde nos divertiremos y mañana daremos un asalto furioso á la guarida de los pícaros españoles y no dejaremos piedra sobre piedra en esa maldita hacienda del Valle.

— Sí, mañana los asuntos serios — replicó Bocado frotándose las manos ; pero nuestros hombres están lis-

tos para salir — agregó dando un vistazo por fuera — si á Ud. le parece, en lugar de veinte, deben enviarse diez : son suficientes para coger á esos dos vergantes. Con el refuerzo que es necesario enviar inmediatamente contra la hacienda del Valle, nos quedará muy poca gente en el cuartel general.

Arroyo fué del mismo parecer que su compañero. Entre los veinte hombres próximos á salir, escogió á diez de los mejor montados y los otros recibieron orden de marchar hacia el Valle.

Mas como su partida precisaba menos, mientras hacían los preparativos para una expedición de más largo aliento, los jinetes encargados de perseguir al mensajero y á Juan el Zapote, lanzaron sus caballos ardorosamente en el vado del Ostuta. Se suponía que los fugitivos habían buscado refugio entre los espesos bosques que cubrían la ribera izquierda del río, después de haberlo atravesado á nado durante la noche.